

Evangelio del día

Tercera semana de Cuaresma

Hoy celebramos: **Anunciación del Señor**

“Hágase en mí según tu palabra”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acaz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acaz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Salmo 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú noquieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:
«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,
pero me formaste un cuerpo;
no aceptaste holocaustos
ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo
-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mí-
para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.
Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque "para Dios nada hay imposible"».

María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

Celebramos una de las fiestas más entrañables de la liturgia cristiana. La Encarnación del Hijo de Dios que es, para todos nosotros, un momento crucial de la historia: Dios se hace hombre. Día grande para vivirlo con fe y gratitud, como respuesta su manifestación de amor.

Le pone por nombre Emmanuel

Esta fiesta nos remite a uno de los textos más descriptivos del hecho. A lo largo de la historia este texto ha sido interpretado en clave mesiánica. Desde el punto de vista histórico se nos cuenta cómo Ajaz, rey de Judá, no ha sido un rey muy ejemplar. Todo lo contrario; ha renegado de Yahvé de diversas formas. La más significativa ha sido buscar la salvación en alianzas con los asirios que implicará aceptar sus dioses.

Isaías teme que esa infidelidad traiga como consecuencia la destrucción del reino de Judá. Por ello reconviene a Ajaz, que ha renegado de Yahvé y ofrece sacrificios a los dioses cananeos, la vuelta al buen camino. El reino de Judá está amenazado por una coalición del rey de Damasco y el rey de Israel. Ajaz buscará su salvación donde no debe, alejándose así de Dios. Isaías ofrece a Ajaz un signo de parte de Yahvé, pero el rey lo rechaza. El profeta pronuncia unas palabras que transmiten un mensaje de confianza en Dios: el nacimiento de un heredero que será un gran rey, fiel a Yahvé y defenderá al reino frente a sus enemigos. Le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros.

Este anuncio tiene un relieve especial en el Nuevo Testamento y en esta fiesta. Mateo se referirá a esta profecía (1,23), relacionándola con el nacimiento de Jesús, concebido por obra del Espíritu Santo en el vientre de María virgen. Así lo ha recibido la Iglesia viendo en él la llegada de Jesús, hecho hombre, manifestación del amor inmenso de Dios.

Aquí estoy, Señor...

Este texto es muy interesante. En él queda clara la diferencia entre la ley del Antiguo Testamento y la realidad traída por Jesús, tal como se refleja en el Nuevo Testamento. El sacrificio de animales era la forma en la que el pueblo buscaba honrar a Dios y expiar sus pecados. Sin embargo, esos sacrificios de los "toros y machos cabríos" no perdonaban los pecados.

El verdadero sacrificio es el que lleva a cabo Jesús, el Cordero de Dios que elimina los pecados. El texto que hoy nos presenta la liturgia, en el día de la Anunciación, nos habla del ofrecimiento de Cristo que viene a cumplir la voluntad de Dios. Hermosa declaración de una realidad profunda: "He aquí que vengo... para hacer tu voluntad".

Este texto debería despertar en nosotros un sentimiento de humildad y gratitud. Jesús lo dio todo por nosotros. Su entrega fue total, cumpliendo la voluntad de Dios y dándonos así ejemplo de entrega generosa por todos.

Hágase en mí según tu palabra

El evangelista nos narra con precisión el proceso que nos transmite la llegada de Jesús a este mundo. Es un texto que se convierte en el centro de todo el evangelio: Dios se hace hombre, participando así de nuestra naturaleza en todo, menos en el pecado. Se cumple así la profecía de Isaías que nos ha recordado la primera lectura del Emmanuel.

Ante el saludo del ángel, María se siente turbada, desconcertada. A esa turbación responderá el Ángel con palabras alentadoras. "No temas... Concebirás y darás a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús". Esas palabras provocan en María una reacción de búsqueda: "¿Cómo será eso...?" Una actitud sincera ante la realidad que ella está viviendo. Todo discurre en un diálogo abierto donde todo va encajando y donde María dará su aquiescencia a cuanto Dios, por medio del Ángel, le propone.

El "hágase en mí según tu palabra" es la expresión abierta de una aceptación generosa. Lo admirable en este "sí" radical, es la confianza viva que expresa María en Dios; también su compromiso. Es asumir un papel donde el futuro es incierto, como es la llegada de todo hombre a este mundo y, por eso, más generoso y magnánimo. Asumir todo un futuro desconocido, supone haber entregado a Dios su vida entera de servicio a quien llegará a su vientre por obra del Espíritu Santo. Con ese "sí" la historia entera de la humanidad entra en una dimensión trascendental. La fe inmensa de María la lleva a entregar toda su existencia a ese Niño que será la salvación de todos los hombres. La trascendencia de Dios se hace presente entre los hombres en ese Niño a quien María concebirá.

Benedicto XVI formulaba en una entrevista, algo que encaja bien en nuestra vida: "Conviene fomentar la valentía de tomar decisiones definitivas, que en realidad son las únicas que permiten crecer, caminar hacia adelante y lograr algo importante en la vida, son las únicas que no destruyen la libertad, sino que le indican la justa dirección en el espacio".

A lo largo del año iremos viendo los acontecimientos que irán poblando ese "sí" de María y conoceremos quién es ese Hijo y cómo se desarrolla su obra salvadora. Desde ese conocimiento surgirá más fácilmente el amor.

¿Dónde expreso mi "sí" a Dios cada día? ¿Dónde hallo más resistencia a vivirlo?

¿Qué papel representa María en mi vida?

Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.

Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sido comparada al cáliz de un inmenso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las docenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cielos las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.

Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad de la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, esto; si día de redención de captivos, esto; si le llamamos día de desposorios, esto; si día de dar grandes limosnas, esto también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.'

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos dejaron sus graffitis como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «jaire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave». Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Emmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María'. Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y envió a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Lc 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antífona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.